



**IRYNA
ZUBKOVA**

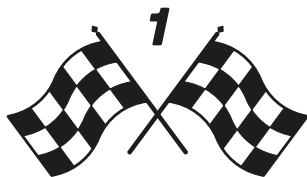
ACELERANDO EN ROJO

**CROSS
BOOKS**

IRYNA
ZUBKOVA

***ACELERANDO
EN ROJO***





Chiara

Mónaco, Montecarlo

Suelto un suspiro pesado tras mi tercer intento fallido de concentrarme en las palabras que parecen escaparse de mis ojos antes de que pueda entenderlas. Mi paciencia se agota, y con una mezcla de irritación y frustración, cierro el libro de golpe y lo dejo caer sobre la mesita del salón. El sonido seco del impacto me hace arrepentirme de inmediato.

Me levanto del sillón, lo recojo con cuidado y, casi como una disculpa, le doy un suave beso antes de devolverlo a su lugar en la estantería, esta vez con la delicadeza que siempre merece.

Estos últimos días no me agunto ni yo, y encima ni leer consigue aliviarme o distraerme de los pensamientos que no paran de dar vueltas en mi cabeza. ¿Qué me pasa? Antes podía estar horas perdida en un libro, hasta la madrugada, dejándome llevar tanto que incluso alguna vez terminé llorando hecha un ovillo. Me emocionaba inventando teorías, soñando con parejas ficticias y hasta planeando bodas épicas para mis personajes favoritos. Pero ahora, por más que lo intento, no conecto con nada de lo que leo. Es como si esos amores de papel que antes me hacían suspirar ahora fueran solo... eso, papel.

Y lo peor no es que me pase con los libros. Lo que de verdad me preocupa es sentir que últimamente no vivo las cosas con la intensidad de antes.

Me levanto del sofá y voy hacia la ventana, buscando algo de calma afuera. El sol comienza a salir, tiñendo el cielo y el mar con colores de ensueño. Abro la ventana, dejo que la brisa salada entre y me acaricie. Cierro los ojos por un momento, y disfruto del silencio antes de que el bullicio del día invada todo a su paso.

Miro por última vez la tranquila playa de Larvotto y luego recorro con la vista este espacio que se ha convertido en mi refugio. Mi pequeño castillo en el tercer piso está protegido por filas de libros que se apilan como soldados leales. A veces siento que me seducen desde la estantería, prometiéndome mundos y aventuras, como esos chicos malos de novela que saben que tarde o temprano volveré a caer rendida entre sus páginas.

Me pregunto si será culpa de Mercurio retrógrado o de cualquier otra cosa cósmica. Pero, más allá de eso, lo único que quiero saber es si algún día volveré a perderme en un libro como antes, como en esos días donde la vida aún no me había llenado la cabeza de responsabilidades y prisas.

Siento los suaves rayos del sol acariciar mi espalda al dirigirme a la cocina dispuesta a que mi *matcha* mañanero favorezca mi estado de ánimo.

Mientras el agua llega a su punto y el polvo verde se disuelve poco a poco bajo mi batidor, mis pensamientos divagan. No es que mi vida sea un reflejo del fracaso, todo lo contrario. Aunque pueda parecer algo pequeño para muchos, mi apartamento es exactamente lo que siempre había soñado. Decorado al estilo de aquellas estancias que solía guardar en tableros de Pinterest, deseando recrearlas algún día, y situado frente a un paisaje costero que quita el aliento. Los años de duro esfuerzo al fin han dado sus frutos: finalicé mis estudios y ahora me encuentro en una posición envidiable en uno de los grupos de comunicación más prestigiosos. A primera vista, tengo todo para ser feliz.

Luego está Dean, el centro de mi vida sentimental, quien

debería ser la pieza que completara este idílico panorama. En principio, es el compañero ideal, aquel con quien todo parece predestinado. Pero aquí radica el dilema, la grieta en el cuadro perfecto: pese a estar rodeada de todo lo que una vez ansié, me encuentro sumergida en un mar de insatisfacción. Reflexiono sobre ello, sosteniendo la taza caliente entre mis manos, y me pregunto cómo he llegado a este punto.

Voy hacia mi cuarto y me encuentro con un bulto grande entre mis sábanas de corazones: Dean está allí, tumbado, relajado, completamente ajeno al mundo exterior. Por lo general soy yo quien pasa casi todos los fines de semana en su apartamento, por pura comodidad (logística, eventos y demás), así que tenerlo aquí, en mi espacio, en mi mundo, tiene algo especial.

Me detengo en el marco de la puerta, mirándolo. Sin darme cuenta, se me escapa una sonrisa. Los recuerdos empiezan a colarse y me llevan al principio de todo. Yo era la nueva en la empresa de su familia, con tareas pequeñas y sueños grandes. Poco a poco encontré mi lugar en el departamento de Marketing, y Dean... bueno, Dean dejó de ser «ese compañero del trabajo» para convertirse en alguien imposible de ignorar. No era el tipo de chico que me habría imaginado, pero su seguridad y esa forma de ser suya terminaron atrapándome por completo.

Todo comenzó de manera totalmente profesional, pero ya se sabe cómo son estas cosas. Día a día, la línea entre ser solo compañeros y algo más se fue desdibujando. Todo sucedió de forma tan natural que, sin darme cuenta, ya estaba saliendo con sus amigos, conociendo a sus padres y formando parte de su mundo.

De pronto, su voz ronca me saca de mis pensamientos.

—Si sigues mirándome así... —murmura, con una sonrisa juguetona que asoma en sus labios.

—Si sigo mirándote así, ¿qué? —respondo, levantando una ceja.

Mis ojos, sin quererlo, recorren su cuerpo apenas cubierto por las sábanas. Él se da cuenta y sus ojos azules chispean con diversión. Se pasa una mano por el pelo, desordenándolo aún

más, y se recuesta con una confianza tan natural que parece el dueño de todo.

—Podrías estar confundiéndome con tu desayuno —dice con su tono ligero pero lleno de una insinuación que no intenta esconder—. Y, créeme, puedo ser mucho más estimulante que tu *matcha*.

No puedo evitar soltar una carcajada ante su comentario; entonces siento cómo la tensión que no sabía que retenía empieza a desvanecerse de mis hombros.

—¿Acaso quieres uno? —le ofrezco, balanceando mi voz entre la broma y la seducción; sé muy bien su dramática aversión hacia el *matcha*, esa bebida que él jura que es el peor invento del mundo.

—Si no te quisiera tanto, te enseñaría a apreciar lo que es la buena gastronomía, no ese batido verde que parece creado por un jardinero —replica él con una sonrisa pícaro, mientras se incorpora y deja que las sábanas caigan a su cintura, revelando todavía más su torso desnudo.

Su respuesta me hace reír aún más, y me acerco a la cama con la taza en mano. Es así como aprecio la manera en que la luz de la mañana dibuja sombras sobre su piel, que acentúan cada contorno y cada línea.

—¿Ah, sí? ¿Y qué sugieres? ¿Un té inglés tan aburrido que me haga dormir de pie?

—Deberías tener cuidado con lo que dices, sobre todo si no quieres provocar una revuelta en la próxima cena familiar —me advierte.

Mientras Dean continúa explicando con pasión la importancia del té, lo que me hace poner los ojos en blanco internamente, pienso en su familia: los Harrington.

La primera vez que me encontré con los padres de Dean no fue precisamente tomando té en su salón, sino en los imponentes pasillos de su imperio corporativo, donde cada escalón parecía el eco de su legado. Pero la verdadera introducción vino más tarde, en una cena tan cargada de etiqueta que hasta los cubiertos parecían exigir una postura erguida. Los Harrington encarnan la alta sociedad: un equilibrio perfecto entre tradición y modernidad, como si alguien hubiera actualizado un

cuadro clásico sin perder su esencia. Dean, en cambio, se presenta como el «rebelde del salón», e intenta desmarcarse de ese mundo, aunque, irónicamente, lleva consigo la misma pátina de clase y sofisticación que dice querer evitar.

—Supongo que deberé enviar galletas con sellos reales a la corte de los Harrington en Mónaco, entonces.

Dean finge una mirada de disgusto ante mi comentario. Se incorpora ligeramente, apoyándose en un codo. Con un movimiento rápido y decidido, me quita la taza de las manos y le dedica una mirada desconfiada al líquido verde antes de posarla en la mesita de noche.

—Ya está bien por hoy, ¿no? Ven aquí —dice, mientras palmea el lado vacío de la cama.

Entrecierro los ojos. Esto tiene pinta de trampa, lo sé. Hace siglos que no pasamos un fin de semana entero juntos, así que le tiendo mi meñique en un gesto infantil, como un trato.

—Solo si prometes que este fin de semana es nuestro. Nada de interrupciones.

Dean levanta una ceja y sonrío con suficiencia.

—No pongas esos ojitos, sabes que me tienes comprado —murmura. Pero su sonrisa se desvanece un poco cuando ve que no bromeo. Ignora mi mano extendida y suspira, exagerando el gesto—. De verdad, Chiara, lo del meñique... eso es de críos.

Antes de que pueda reaccionar, tira de mí hacia la cama y me envuelve en sus brazos. Suelto un pequeño grito, una mezcla de sorpresa y emoción, mientras acabo encima de él, atrapada no solo por su abrazo, sino también por la intensidad de su mirada.

—Me encantaría decir que sí —murmura, y aparta con cuidado un mechón de mi cabello rebelde—, pero sabes tan bien como yo que tenemos cosas que no podemos dejar de lado.

El cambio en su expresión, entre disculpa y resignación, se me hace insoportable. Una pequeña oleada de tristeza me invade. Me pego a su pecho, buscando consuelo en el calor de siempre, mientras me abraza con cariño. Su barbilla se apoya sobre mi cabeza, como siempre, ese gesto protector que me ancla.

Cierro los ojos e inhalo profundamente el aroma de su

piel, ese cóctel de cedro y limón fresco que es mi particular forma de terapia aromática.

Mientras me pierdo en él, las palabras «nuestros compromisos» retumban en mi cabeza.

La tristeza se convierte en una punzada amarga que me cuesta tragar. Me pregunto si esos compromisos son realmente nuestros o si, en el fondo, solo son suyos.

Entiendo el peso que tienen para Dean, pero no puedo evitar sentir una leve molestia en el pecho. Solo quiero, por una vez, que el tiempo sea nuestro, sin interrupciones. Sin eventos, ni presentaciones, ni actos familiares que devoran nuestras noches y fines de semana. Solo nosotros, tranquilos, en paz.

Respiro hondo, intento que el aire fresco de la mañana se lleve las nubes de frustración que pesan en mi pecho. Mi corazón anhela una escapada, solo nosotros dos y la promesa de un fin de semana juntos. Pero sé que las complicaciones no tardarían en aparecer. Con un suspiro resignado, guardo ese deseo en el cajón de los «quizá otro día».

A ojos de todos, Dean y yo somos la pareja perfecta, como si encarnáramos los sueños que alguna vez tuve. Él, el heredero del imperio familiar; yo, la hija de un empresario importante, aunque prefiero no cargarme con las expectativas que eso conlleva.

Pero últimamente siento que algo falta, a pesar de todo lo bueno en nuestra vida. Tal vez lo único que necesitamos sea tiempo, un tiempo real, lejos de las distracciones y las responsabilidades. No creo que eso solucione todo, pero al menos sería un comienzo.

Dean, como siempre, nota mi silencio. Me acerca a él con ternura y deja un beso tranquilizador en mi coronilla.

—¿Te has quedado dormida?

No puedo evitar sonreír.

—No, solo estaba pensando...

Él retrocede un poco, buscando mi mirada, como si a través de ella pudiera encontrar las respuestas que mi silencio esconde.

—¿En qué?

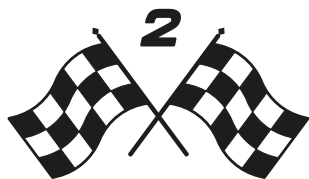
Muevo la cabeza, decido que no es el momento para compartir todo lo que me pesa.

—En nada importante, solo en el día que tenemos por delante.

Dean me mira un instante más, quizá buscando algún indicio de lo que de verdad pienso, antes de sonreír ligeramente.

—Bueno, entonces vayamos a desayunar.

Devuelvo su sonrisa con una que trata de ser genuina. En el fondo, sé que tendré que confrontar estas emociones y entender qué significa para nosotros estar «verdaderamente juntos». Pero, por ahora, decido aparcar esas interrogantes para otro día.



Chiara
Mónaco, Montecarlo

El silencio de la cocina solo lo rompe el burbujeo de la cafetera. Hace poco que la compré; no porque me encante el café, sino porque últimamente Dean pasa tanto tiempo aquí que hacía falta. Preparo su café: negro, fuerte, tal como le gusta. Coloco la taza sobre la isla, el golpe suave de la cerámica contra la madera resuena en el aire.

—¿Seguro que no quieres algo más? —alzo la voz hacia el pasillo.

Dean aparece en la puerta. Su camisa sigue medio desabotonada, y su sonrisa cansada no logra ocultar las ojeras.

—No, está bien.

Se sienta frente a la isla y abre su agenda con un suspiro pesado. Mientras revisa fechas y toma notas, su café sigue intacto, humeando y olvidado a un lado.

—Este fin de semana está lleno. Hoy tenemos un cóctel organizado por mi padre; será una buena oportunidad para que los socios se relacionen.

Toma un sorbo de café antes de continuar:

—Y el domingo, la gala benéfica. Es el evento más importante del año.

Mientras habla, preparo un bol de muesli. Escucho lo que me dice, pero mi atención se queda atrapada en la palabra «gala». Conozco demasiado bien lo que implica: largas conversaciones de compromiso, sonrisas ensayadas, y nada de tiempo para nosotros.

—Sé que puede parecer aburrido, pero son importantes, Chiara. Estos eventos no son solo sociales; son esenciales para mantener relaciones y asegurar el futuro de todo esto.

Asiento lentamente, mientras muevo la cuchara en mi bol.

—Lo entiendo, de verdad. Pero... —respiro hondo, intentando no sonar quejumbrosa—. Solo me hubiera gustado tener un poco de tiempo para nosotros este fin de semana.

Dean cierra la agenda, se recuesta en la silla y me observa con un cansancio que va más allá del físico.

—Yo también lo desearía. Pero sabes lo que significan estos eventos. No es solo por la empresa, es por lo que representamos juntos en este mundo.

Su mirada busca la mía, como si quisiera que entendiera algo más profundo.

—Sí, claro —murmuro, trato de sonreír, aunque mi voz suena más débil de lo que quisiera.

Mastico una cucharada de muesli, dejando que la frustración se mezcle con la leche fría y el sabor de la fruta. Dean suspira y me mira con esa mezcla de preocupación y cansancio que últimamente parece formar parte de él.

—Estás demasiado callada. ¿Seguro que estás bien?

Asiento con la cabeza, sin atreverme a confesar cuánto me afecta todo esto.

—Estoy bien, solo... un poco cansada. —Es una verdad a medias. Cansada sí, pero sobre todo desilusionada.

—Te compensaré, lo prometo. Pero necesito que vengas, Chiara, mis padres cuentan contigo para esto.

Sus palabras buscan tranquilizarme, y quiero creerle, de verdad que sí. Pero mientras recojo mi bol y lo llevo al fregadero, una pequeña voz en mi cabeza se pregunta cuánto más podremos mantener este equilibrio sin que algo —o alguien— termine cediendo.

Con un suspiro, me giro hacia él.

—Está bien. —Intento sonar más segura de lo que me siento—. Sé lo importantes que son estos eventos para ti... para nosotros. Allí estaré, como siempre.

Dean sonríe, visiblemente aliviado, y añade con entusiasmo:

—Esta mañana pasará un mensajero con la ropa para la gala. Todo está preparado.

Empleo todas mis fuerzas para no poner los ojos en blanco.

—No me digas que es otra de esas galas espantosas donde tengo que llevar un vestido encargado por tu madre y fingir que me interesa lo que hablan los posibles clientes mientras me están mirando todo menos a los ojos...

—No seas exagerada. Esos vestidos te quedan increíbles. No sabes la de dinero que se gastan en la estilista solo para ti.

—Venga ya, Dean. Nadie me ha preguntado nunca mi opinión sobre ellos.

—Sabes cómo es mi madre, Chiara. Quiere que todo sea perfecto, y yo no soy precisamente quien puede decirle que no. Pero te prometo que esta vez te va a gustar.

Lo miro con desconfianza, dudo un momento antes de soltar una leve sonrisa.

—Sorpréndeme, entonces.

Me cruzo de brazos, esperando que me salga con alguna típica excusa del estilo: «¡Sorpresa! Una comida en el restaurante más caro de Mónaco».

—Llevarás ropa de montar, porque vamos a un club ecuestre.

Eso sí que no me lo esperaba. Sus palabras me golpean con fuerza y, de golpe, un torrente de recuerdos invade mi mente. Las colinas toscanas, los paseos a caballo con mi madre, el sol bañándolo todo mientras el olor a cuero y a musgo se mezclaba con la brisa. Eran días sencillos, llenos de calma y conexión.

Esos momentos, que antes parecían tan cotidianos, se volvieron lejanos cuando mi vida empezó a girar alrededor del trabajo. Las largas jornadas en la oficina, las reuniones interminables, y esos fines de semana que antes eran un refugio de aventuras ecuestres ahora están cargados de compromisos y eventos sociales. Poco a poco, lo que tanto significaba para mí se fue desvaneciendo.

—¿Un club ecuestre? —repito, como si necesitara confirmar que lo he escuchado bien.

—Sí, el evento benéfico será en el Monte-Carlo Polo Club. Lo han remodelado especialmente para la ocasión —responde Dean, que nota mi creciente entusiasmo—. Han preparado todo: zonas de competición, campos para montar... Será algo espectacular.

Mis labios dibujan una sonrisa sincera, la primera en mucho tiempo. Quizá, por una vez, este compromiso no sea solo otro evento más.

La idea de subirme a un caballo, aunque sea solo por un día, en un evento tan exclusivo me emociona más de lo que habría imaginado. No es solo nostalgia, es una oportunidad para reconectar con una parte de mí que creía olvidada.

—¡Madre mía, me encanta! —grito, incapaz de contenerme, y me aferro a Dean como si fuera un koala—. ¡No sabes lo increíble que es esto! ¿A quién se le ha ocurrido la idea? Tenéis que subirle el sueldo, es un genio.

Dean, al principio sorprendido por la intensidad de mi reacción, se relaja poco a poco y me abraza.

—Podré montar, ¿verdad? Por favor, dime que sí. —Mi entusiasmo es el de una niña en Navidad.

Dean suelta una risa ligera, de esas que hacen que mi pecho se sienta cálido. Es un sonido que no escuchaba desde hacía demasiado tiempo.

—Me encanta verte así de emocionada, pero recuerda que detrás de este evento hay mucho trabajo para que todo salga perfecto. No olvides por qué estamos ahí, ¿vale? —dice con la voz suave y sus labios rozando mi oído—. Espero que este fin de semana sea tan especial para ti como estoy seguro de que lo será para mí.

Antes de que pueda decir nada, me planta un beso en la oreja y me deja con suavidad en el suelo.

—No me malinterpretes, este es con toda probabilidad el evento al que más ganas he tenido de asistir en años. Pero... ¿qué tiene de especial? Aparte de lo obvio, claro. —Lo miro fijamente, buscando respuestas en su expresión.

Dean intenta soltar mis brazos de su cuello, con una sonri-

sa torcida y un aire un tanto incómodo, como si tratara de esquivar mi insistencia mientras se acomoda en su silla.

—Bueno, ya sabes cómo son mis padres. Han invertido muchísimo en este proyecto y querían llevarlo ellos directamente —dice Dean, procurando utilizar un tono informal.

Pero algo en su forma de hablar me hace fruncir el ceño. No parece tan simple. Mi emoción comienza a desvanecerse mientras pensamientos incómodos se instalan en mi cabeza.

—Dean, dime la verdad. ¿He hecho algo para que duden de mí? Nunca me habían dejado al margen de un proyecto.

Dean suspira, y su expresión tensa me dice que está midiendo sus palabras.

—Chiara, mis padres confían plenamente en ti. Créeme, te hemos quitado un montón de problemas de encima porque organizar esto ha sido una odisea. —Su voz no tiene el convencimiento que pretende, y sé que él también lo nota.

Antes de que pueda responder, el timbre del apartamento suena, y corta el aire cargado de nuestra conversación. Dean parece aliviado por la interrupción y se limita a levantar una ceja, señalando hacia la puerta.

—Debe de ser el mensajero con tu ropa para el evento.

Asiento, aunque sigo con mil preguntas en la cabeza, y me dirijo hacia la puerta.

Cuando miro por la mirilla, solo alcanzo a ver la parte superior de una cabeza. No puedo evitar soltar una risa suave antes de abrir.

Allí está Gael, con una sonrisa tan amplia que podría derretir el Polo Norte, sosteniendo un ramo de rosas tan imponente que parece estar a punto de eclipsarlo.

Gael, el conserje del edificio, es un punto de luz en mi ajetreada vida: una mezcla entre hada madrina y caballero leal, con un encanto tan entrañable que lo considero casi como un abuelo adoptivo.

—¡Buenos días, señorita! —exclama con su voz rasposa, que suena como si estuviera hecha de *whisky* y caramelos. Me extiende el ramo con una solemnidad casi teatral, como si me entregara un premio.

—¿Esto es para mí? —pregunto, sorprendida, mientras tomo las flores con cuidado, intentando procesar su tamaño.

Gael se ríe bajo, un sonido que tiene algo de arrullo nostálgico.

—Parece que tienes un admirador secreto, alguien con muy buen gusto, diría yo.

Insisto en que pase para charlar un momento, pero se disculpa diciendo que tiene que seguir con sus tareas. Se despide con un gesto amable antes de desaparecer por el pasillo, y me deja con el ramo en las manos.

Cuando me giro, Dean está esperándome en el salón. Su expresión, una mezcla de expectación y cautela, me hace sonreír.

—¿Esto es cosa tuya? —pregunto, mientras alzo las flores ligeramente.

Dean se encoge de hombros, algo incómodo bajo mi mirada.

—¿Es ironía, o de verdad no pensabas que podría tener un detalle así contigo?

—No, no es eso —me apresuro a corregir—. Es solo que... no es algo muy típico de ti, y me ha sorprendido, pero para bien.

Llevo las flores a mi nariz y aspiro su aroma dulce, que inunda el aire con un perfume cálido y reconfortante.

—Quizá no lo haga mucho, pero quería que supieras que pienso en ti, incluso cuando estoy tan... desconectado. Las compré en tu floristería favorita —dice, con un tono más suave que al principio.

Una sonrisa sincera se apodera de mí mientras los pétalos acarician mi rostro. Hacía siglos que no me regalaba flores... pero no es eso lo que hace que el corazón dé una voltereta en mi interior.

Dean, con todos los recursos del mundo a su disposición, podría haberme inundado con mil ramos como este a diario, solo tenía que ordenárselo a su secretaria y esta se hubiera encargado de que fuera así. Pero lo que realmente valoro, lo que hace que mi corazón se sienta henchido, son el tiempo y la atención que él le ha dedicado.

Levanto la vista, todavía con las flores en las manos, y por

un instante me siento como la protagonista de una de esas películas románticas que me hacen llorar abrazada a una caja de pañuelos. El tiempo parece ralentizarse, y todo se reduce a Dean, a mí y al eco de su inesperado gesto. Juro que casi puedo oír una banda sonora sonando de fondo.

Entonces lo veo arrodillarse delante de mí. De repente, todo pasa a cámara lenta.

—¿Qué estás...? —Las palabras salen atropelladas de mi boca, y se cortan antes de completar la frase mientras mi mente procesa lo que está pasando.

Un torbellino de emociones me invade: sorpresa, confusión, y una anticipación que me acelera el corazón. Mis ojos se abren como platos mientras intento leer cada detalle de esta escena que parece salida de un guion de cine.

Me vuelvo hiperconsciente de todo: la luz que se filtra por la ventana, creando un halo casi mágico alrededor de Dean, y cómo mi corazón late tan fuerte que amenaza con escapar de mi pecho. Y entonces llega el pensamiento más alarmante de todos: ¿va a pedirme matrimonio?

Mientras mi mente corre desbocada en esta telenovela interna, Dean, ajeno a mi caos emocional, se levanta con tranquilidad y se sacude el polvo de las rodillas.

—Anda, mira, aquí estaba el traicionero —dice de manera informal.

Lo miro, todavía paralizada, mientras él sostiene el gemelo que perdió de su traje la noche anterior. Una sonrisa satisfecha ilumina su cara, orgulloso de su hallazgo.

El aire contenido en mis pulmones sale de golpe, y una sensación fría me recorre el cuerpo como si me hubieran echado un cubo de agua helada. Mi realidad regresa con fuerza, y la banda sonora imaginaria se corta en seco.

Mi cara debe de ser un poema, porque me mira extrañado por un instante. Entonces, se acerca lentamente. Sus ojos brillan con una mezcla de confusión y ternura mientras coloca una mano en mi hombro.

—Dime la verdad... no te han gustado —me dice con una voz que destila una preocupación que casi me hace sentir culpable.

Trago saliva, intento recuperar la compostura. Asiento con la cabeza, aunque las palabras parecen atascarse en mi garganta.

—Eh, no... o sea, sí, me han encantado, yo... —Las palabras salen de manera atropellada—. Es solo que... no me lo esperaba —consigo articular, pintando una sonrisa que espero que se interprete como agradecida.

Dean me observa con atención, como si tratara de leer mis pensamientos. Siento una repentina vergüenza por haberme montado semejante película en la cabeza y rezo para que no sea tan listo como es siempre y no se dé cuenta de la situación.

—Quizá es una forma torpe de expresar las cosas, pero simplemente quería compensarte por todo mi estrés, por todas las noches que he llegado tarde y por todas las veces que no he estado presente cuando más me necesitabas. Estoy haciendo lo mejor para los dos —murmura, mientras su mano asciende con delicadeza hacia mi mejilla.

Lo miro, y evalúo la sinceridad de sus palabras en sus ojos. Aunque por fuera pueda parecer que simplemente estoy sorprendida por este inesperado detalle, por dentro es como si mil planetas colisionaran al unísono. Después de una larga pausa, al comprender su mensaje, logro responderle.

—No necesitas compensarme, Dean. Me ha tomado tan de improviso que... Lo siento... me he despertado algo rara y con mil cosas en la cabeza... y ahora esto...

Dean coloca un dedo sobre mis labios para interrumpirme, corta el flujo de mis pensamientos como si presionara el botón de pausa en el mando a distancia de mi cerebro. Su gesto me silencia de inmediato, y todo lo que quería expresar se detiene en la punta de mi lengua. Noto un atisbo de impaciencia.

—Escúchame. Sé que tienes un montón de cosas en esa cabecita tuya, lo entiendo, yo también. Pero lo último que quiero es que nuestras preocupaciones se interpongan entre nosotros. —Sus ojos me miran con tanta intensidad que, por un momento, todo lo demás parece desaparecer—. No te quiero agobiar más, tienes la mañana libre, aprovéchala, ¿vale?

Permanezco en silencio, procesando la maraña de emoción.

nes que me embargan mientras siento el roce de sus labios contra mi mejilla, que me dejan una huella cálida.

—Llego tarde a la oficina. Necesito que estés lista para las seis.

Lo observo mientras se pone la americana y camina hacia la puerta con una energía que desentona por completo con la calma de un perezoso sábado por la mañana.

La puerta se cierra tras él. Me dirijo al sofá y me desplomo sobre él con el corazón todavía galopando a ritmo frenético. La realidad me golpea de sopetón.

La quietud del apartamento resuena en mis oídos, demasiado amplia, demasiado silenciosa. Y entonces, la pregunta que había sido apenas un susurro dentro de mí se transforma en un rugido ensordecedor:

¿Qué habría respondido si Dean, en lugar de rescatar un gemelo perdido de su traje, me hubiera propuesto matrimonio?



Chiara

Mónaco, Montecarlo

La velada se despliega con esa elegancia casual típica de los cócteles exclusivos, en la exageradamente espaciosa terraza de la mansión Harrington. A pesar de ser invierno, el lugar resulta cálido y confortable gracias a las estufas distribuidas por todo el espacio, y el techo de cristal que lo cubre y permite la visión de un cielo que comienza a teñirse con los colores del crepúsculo protege a los comensales del frío exterior e infunde al ambiente un toque mágico.

El evento, meticulosamente organizado por Thomas, el padre de Dean, es un escaparate de sofisticación y poder que reúne a la crema y nata de la sociedad.

El aire transporta una mezcla de olores: el perfume fresco y algo ácido de los cítricos de las bebidas artesanales, el aroma dulce de las flores que adornan las mesas y la fragancia de los caros perfumes de los asistentes.

Las risas y conversaciones se entrelazan con el ruido ambiente: el chocar de las copas y el murmullo constante de las conversaciones que albergan chismes y negociaciones discretas se suman al exquisito sonido de una banda de jazz en vivo que infunde al evento un ritmo suave y envolvente.

Mientras los invitados disfrutaban de la deliciosa selección de canapés y bebidas, yo permanezco apartada, observando el espectáculo desde un discreto rincón de la terraza.

Este es el mundo de Dean. A pesar de estar más que acostumbrada a acudir a este tipo de actos, hoy me siento como un pájaro enjaulado y no entiendo por qué. Es casi un mandamiento asistir a estas galas de corbatas y sonrisas forzadas, pero mi habitual extroversión, normalmente mi mejor aliada en estos mares sociales, hoy parece haberse tomado el día libre sin avisar.

Dean suele recordarme que tengo un don que debo aprovechar. Con ese don, dice que soy capaz de atraer a los peces gordos como las sirenas a los marineros. No quiero quitarle la ilusión, pero en el fondo sé que no es así.

En un mundo que adora juzgar el libro por su portada, o por el apellido en este caso, mi nombre parece ser solo otra guinda del pastel. Si ya es difícil para mí al ser mujer y además joven, el agregar el apellido Roux al *mix* solo añade una capa extra de prejuicio con el que lidiar. A veces, siento como si estuviera navegando por un mar tempestuoso en un bote hecho de expectativas y estereotipos, intentando no volcar mientras demuestro mi valía.

Casi puedo oír los murmullos en las reuniones, el subtexto en las felicitaciones ante un ascenso, que insinúan que mi camino estaba allanado no por mis logros, sino por «ser la novia de» y, por supuesto, por mi apellido. Es un recordatorio constante de que, para algunos, estas son las razones de mi éxito, no las largas horas de dedicación y la pasión que pongo en el trabajo.

Por lo general, intentaba recordarme a mí misma que mi éxito se debía a la habilidad para entender qué necesitaban los clientes y cómo nuestra empresa podía proporcionárselo mejor que nadie. De todos modos, si mi apellido me facilitaba la entrada a mostrarles lo que realmente podía hacer, estaba dispuesta a jugar esa carta, al menos al principio.

Hoy, sin embargo, he optado por pasar desapercibida y he escogido la comodidad como armadura. Mi atuendo, un vestido de corte midi en tonos de blanco marfil, juega con la luz

de una forma casi mágica y se ciñe con gracia en el escote en V. Estoy decidida a no sufrir en la prisión de tela que mi suegra considera alta moda; esos vestidos que, aunque griten lujo, me hacen sentir más maniquí que persona.

Pero este pequeño acto de rebeldía no parece bastar para aliviar la sensación de agobio que me invade. Está claro que no es mi día. Y cualquier cosa que normalmente habría considerado lógica y normal en este tipo de acontecimientos hoy me resulta molesta.

Como, por ejemplo, el gesto de Dean de pasar a recogerme en su coche, que sé que nada tiene que ver con su caballeridad. He escuchado las reprimendas de su familia cuando llegaba más de una vez por mi propia cuenta. Como si ser una dama y presentarme sola a eventos de esta magnitud fuera una tragedia. Y su hijo, siempre ansioso por complacerlos, hace lo que sea para evitar conflictos.

Por supuesto, estoy enamorada de Dean, pero no puedo ignorar cómo a menudo su familia lo trata más como a un empleado que como a uno de sus miembros.

No pretendo ser una experta en las complejidades de las empresas familiares, pero sé reconocer cuándo los asuntos de familia comienzan a invadir nuestro terreno personal. Cada comentario velado, cada mirada cargada de juicio, cada vez que Dean se encoge bajo el peso de las expectativas de sus padres, siento que me alejo un poco más de él. A pesar de ello, nunca lo he juzgado. Para él, su familia es un pilar fundamental, y comprendo su deseo de responder a sus exigencias y devolverles todo lo que le han proporcionado desde la infancia.

Absorta en mis cavilaciones y jugueteando con la copa de champán sin realmente degustarla, casi paso por alto el vibrar del móvil en el interior de mi *clutch*.

Al ver el nombre de Alessandra en la pantalla, un rayo de entusiasmo cruza mi expresión sombría. Esta mujer no sabe el poder que tiene en mí.

¿Dónde está la chica más sexi de Mónaco?

Su mensaje me provoca una sonrisa inmediata. Ale es la típica amiga que puede alegrarte hasta en un funeral. Metafóricamente hablando, claro. Le respondo casi al instante.

Secuestrada por el chico más sexi de todo
Mónaco

Ay..., qué ñoña eres.

Me río para mis adentros. A pesar de que ella es todo lo contrario a mí, sé que alberga una parte muy romántica que esconde con sus bromitas ácidas. Alessandra puede pretender ser una escéptica en lo que al amor se refiere, pero me he dado cuenta de que lo desea por la forma en que su mirada se suaviza cuando ve una pareja de ancianos tomados de la mano. O por cómo se queda absorta frente a las vitrinas de las librerías a las que me acompaña, hojeando novelas románticas que luego critica por ser clichés.

En realidad, siempre he pensado que todos en algún momento de nuestra vida anhelamos encontrar ese amor de película, incluso los que se ocultan tras una fachada de crítica, sarcasmo, desinterés o frialdad.

Me han dejado plantada. Necesito
refuerzos. 🤖

No es la primera vez, y probablemente tampoco sea la última, que Ale tiene una cita a través de una de esas apps para ligar. Podríamos decir que es reticente al amor, pero no a la idea de pasar una noche divertida con un desconocido.

Tiene un largo número de ligues e historias bastante impactantes que contar, como aquel tío que tenía un fetiche raro con los disfraces de época. Cada vez que lo recuerda, no sabe si reír o llorar.

El tipo en cuestión era un respetable banquero que, de noche, se transformaba en un aristócrata de época, peluca incluida. Para Ale, estas experiencias son material de primera para nuestras sesiones de cotilleo.

¿QUÉ? Llevo meses queriendo tener una cena romántica con Dean en ese maldito restaurante, un lugar con una lista de espera interminable. Pero el frenético ritmo de vida de mi novio, siempre ocupado con reuniones y compromisos, hace imposible coordinar nuestros tiempos.

Por una parte, quiero levantarme e irme. Total, me he pasado la última media hora pasando desapercibida en este rincón. Pero por otra, sé que no sería bien visto que abandonara un evento organizado por mi suegro. Me lo reprocharían durante el resto de mi existencia.

Alzo la vista para poder buscar a Dean. Lo encuentro sumergido en una animada charla, rodeado de lo que parecen clientes o socios potenciales. Todos ellos con las mejillas algo rojizas, fruto del consumo de alcohol. Dean sujeta una copa de champán en la mano, da pequeños sorbos muy espaciados, sé que es una estrategia. Nunca bebe demasiado. Solo finge hacerlo para que el resto se sienta más cómodo, se relaje y sea más receptivo a sus propuestas de negocio.

Vacilo un instante; sé que interrumpir sería imprudente, además de que no me apetece lidiar con ellos. Dean tampoco parece necesitar mi apoyo; después de todo, ni siquiera se ha dado cuenta de mi ausencia.

Diviso también a sus padres al fondo de la sala, están conversando con un grupo de inversores influyentes. Su madre, Isobel, con su postura erguida y vestimenta impecable, guarda un porte casi real. No asoma ni un cabello de su perfectísimo moño, y su expresión irradia serenidad y control. Por su parte, Thomas, mi suegro, muestra esa sonrisa inquietante tan característica suya cuyo mensaje es «sé más de lo que digo».

Es evidente que todos están aquí con un propósito, y ese propósito no incluye disfrutar de una cena en el nuevo restaurante más chic de la ciudad. Me revuelvo en mi sitio algo frustrada. Estoy perdiendo el tiempo.

Así que tomo una decisión. Si Dean está ocupado en sus asuntos de negocios, yo también puedo aprovechar el momento. Quizá no para cerrar tratos, pero sí para tener una cita

con mi mejor amiga y «psicóloga» favorita: Alessandra Di Marco. Nuestra amistad había tomado forma el día que coincidimos en la cola de la cafetería de la empresa donde hacíamos las prácticas. Ambas nos quejamos sobre el minúsculo catálogo de bebidas. ¿Desde cuándo todos daban por hecho que la gente solo tomaba café? Así que ingeniamos un plan para implementar una pequeña revolución de té verde.

Desde entonces nos convertimos en una dupla y no había quien nos separara. Bueno, hasta que me mudé a Mónaco, conocí a Dean y mis fines de semana empezaron a ser menos míos. Aunque mi camino haya sido otro, Ale ha ido escalando puestos en esa empresa, PR Forward Agency, y actualmente es la directora de Marketing.

Y no me extraña, tiene un increíble lado creativo que, a diferencia de mí, siempre saca a relucir. Además, proviene de una familia que tiene un fuerte vínculo con el arte y las comunicaciones, así que conoce el sector de primera mano.

No recuerdo la última vez que nos vimos. Le debo esta noche, me necesita, me digo. Intento convencerme de que lo hago más por ella que por mí.

En quince minutos estoy allí. 

Antes de arrepentirme de mi decisión, me dirijo en busca de la salida de este ambiente que, aun al aire libre, me resulta asfixiante. Esquivo con gracia a los invitados mientras recorro las terrazas laberínticas.

Situada en una de las zonas más exclusivas de Mónaco, la mansión siempre ha sido un desafío, pero después de tres años de asistir a eventos aquí, he aprendido a orientarme entre sus opulentos salones y extensos jardines.

Justo cuando estoy a punto de alcanzar la salida, siento que alguien tira de mi muñeca. Me giro y me pego un susto de muerte al encontrarme con esos grandes ojos azules que parecen perforarme y a los que acompaña una sonrisa torcida que recuerda a la de las muñecas diabólicas de las películas de terror. Es como mirar a Dean en una versión femenina: ambos comparten también el mismo cabello rubio y lacio que

en ella cae hasta la cintura y capta el brillo de las luces de la terraza.

—¿Ya te retiras? —sisea Claudine. Todavía siento cómo su mano me aprieta con más fuerza de la necesaria.

Me aclaro la garganta recuperándome del susto.

—Me encuentro algo cansada y me duele la cabeza, creo que es mejor que me vaya a casa... —Me zafo suavemente de su agarre.

La manera en la que sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo me incomoda. Como si necesitara ver algún síntoma físico para comprobar que digo la verdad. Me pongo algo nerviosa porque claramente le estoy mintiendo, y soy malísima haciéndolo. Mamá siempre me dice que soy como un libro abierto.

—Si no te importa... —Vuelvo a girarme para salir escope-teada de este lugar.

—¿Ni siquiera vas a despedirte? —Su tono muestra un fingido interés.

Me estoy empezando a impacientar, pero simulo una sonrisa y vuelvo a mirarla. He tratado con mucha gente importante en este tiempo trabajando para los Harrington, no entiendo cómo esta cría puede intimidarme tanto.

—No quería interrumpirlos, tratándose de negocios...

—Vaya, tan humilde como siempre. —Me dedica una sonrisa cargada de burla—. No te preocupes, me encargaré de decirle a Dean y a mis padres que lamentablemente has tenido que irte. No todo el mundo está hecho para esto.

—Haz lo que creas conveniente, Claudine. —Corto cualquier opción de prolongar la conversación.

Me doy la vuelta, acelero el paso y atravieso la última puerta que da al exterior. Un escalofrío recorre mi cuerpo, así que aprieto más el abrigo contra mí. No sé si es la helada temperatura del invierno monegasco o la sensación de tener sus ojos clavados en mi espalda.

Doy por hecho que su actitud es consecuencia de la juventud, los lujos a los que está acostumbrada y las responsabilidades a las que ya está sometida; sé que debe de ser difícil para ella manejarlo. Pero eso no excusa su comportamiento condescendiente y, a veces, francamente hostil hacia mí.

Puede que sea mi relación con su hermano lo que quizá la impulse a verme como a una rival, pero yo no tengo ninguna intención de competir. Y mi relación con sus padres, aunque en algunos aspectos pueda parecer cercana, dista mucho de ello. La considero formal. A pesar de mis esfuerzos, en realidad nunca he sentido que encajara.

Si mi modo de demostrar a una persona que me importa es siendo atenta con ella, detallista, cercana, el de los Harrington es... Es simplemente seguir dirigiéndote la palabra.

Recuerdo hace un par de meses, cuando intenté convencer a Dean de pasar las Navidades en la Toscana con mis padres, que me habían insistido en varias ocasiones.

La idea era tentadora: imaginar a Dean descubrir el encanto rústico y la calidez humana de mi cultura. Me imaginaba a mi madre recibirle con achuchones cariñosos, y a mi padre llevarle la copa de vino. A *i nonni* enseñándole álbumes con fotos más de pequeña. Y Max, mi hermano, seguramente le obligaría a jugar al fútbol o a videojuegos con él durante buena parte de la tarde.

Le había explicado cómo en Montepulciano la Navidad no solo se celebra en la casa, sino en todo el pueblo. Las calles se llenan de luces, los mercados navideños bullen de gente y los olores de *panettone* y *vin brulé* se mezclan en el aire frío.

—Te va a encantar, en serio —le había dicho yo, soñando con acurrucarme junto a él frente a la chimenea, al calor de una manta.

Conocía el apego de Dean a las reuniones familiares, cada detalle de las celebraciones de los Harrington estaba imbuido de significado y memoria. Pero pensaba que, por una vez, no pasaría nada si era él quien venía.

—Suenan increíbles —había dicho finalmente—, pero sabes cuánto valoran mis padres nuestras tradiciones, Chiara.

No logré convencerle, y tuve que ceder ante sus súplicas de quedarme con él. Pero no descarté la posibilidad de volver a intentarlo al año siguiente.

Mientras busco un taxi, no puedo evitar sonreír al recordar mi última tentativa de llevar un poco del calor italiano a la elegante y sobria celebración navideña de los Harrington: pe-

queños regalos para todos, desde su hermana hasta esos lejanos parientes políticos que apenas conocía.

Aunque había elegido cada presente con especial cuidado con ayuda de Dean y esperaba que resonara en cada miembro de la familia, fueron muy reservados en sus expresiones de afecto. No hubo abrazos efusivos ni exclamaciones de sorpresa. Todos en la sala permanecieron impasibles, cada expresión y gesto orquestados al milímetro como los arreglos florales que decoraban el espacio.

El intercambio entre Dean y yo había sido totalmente diferente. Me había regalado un collar carísimo, de esos que gritan su precio desde cada ángulo brillante. Con solo mirarlo sentía que no era merecedora de él. Me lancé sobre Dean y me lo comí a besos. Y no por el valor de la joya, sino porque sabía que un regalo así, de parte de él, significaba lo que sentía por mí. Era tan perfecto y reluciente que daba hasta pena usarlo en el día a día. Por eso la mayor parte del tiempo lo tenía guardado en su caja, y solo lo sacaba en ocasiones especiales.

Cuando llegó mi turno de darle el obsequio, sentí un poco de vergüenza. Dean me había regalado ese lujoso collar y yo, delante de su familia, le di un vale para el *spa* Thermes Marins Monte-Carlo. Sabía que siempre estaba de trabajo hasta arriba, así que pensé en algo para que se relajara. Le expliqué que cada tratamiento, cada momento de paz, estaba pensado para que desconectara de ese ritmo tan frenético que llevaba. Pero ahí, ante todos, me sentí algo fuera de lugar, como si mi regalo fuera demasiado sencillo comparado con el suyo.

Más tarde, me aseguró que era el regalo perfecto y que sin duda lo usaría. Pero todavía podía recordar las muecas de desconcierto de su familia y la risita disimulada de Claudine de fondo.